

EL LUCÍA

Cuando llegué al Instituto Femenino de la calle Trilingüe andaba yo un poco despistada. Mis padres habían decidido que sería más conveniente que dejase mis estudios en Francia para iniciarlos en España. Por eso nos presentamos en Secretaría con el fin de obtener información. El resultado de los consejos y de las posibilidades ofrecidas fue mi matrícula por libre de Ingreso, Primero y Segundo entre Junio y Septiembre, más Tercer Curso como alumna oficial ya en el centro. Así, al cabo del año, alcancé el nivel de las compañeras de mi edad, gracias a que me prepararon en la Academia Aracil en clases particulares y a un profesor que impartía Latín en su domicilio.

Esta asignatura, Latín, fue un verdadero problema ya que en Francia nunca la había dado. Allí teníamos Composición, Dictado, Educación Cívica, Recitación en la que tenías que aprender de memoria pasajes enteros del teatro clásico (Corneille, Racine) y poemas variados de François Villon o de Victor Hugo. Pero Latín, no. Menos mal que lo aprobé gracias a Don César, el profesor particular.

En el Lucía nuestro profesor de Latín era Don Eugenio de Asís, al que debemos el nombre de "Lucía de Medrano" para nuestro centro. Era un señor mayor (cuando tienes catorce o quince años todos los que pasan de treinta te parecen mayores), con gruesas gafas delante de unos ojos siempre llorosos, que se empeñaba en afirmarnos que el latín se resumía en las cinco vocales y que las declinaciones eran lo más fácil de aprender en este mundo. Quizás tuviera razón, pero tras siete cursos de latín salí del centro con grandes dificultades para leer o traducir una triste losa o un milagro escrito en la pared de la catedral. Él componía poemas en latín y hasta era el autor de una historia en verso en esa lengua clásica. Como pedagogo no tenía tanto éxito, al menos con las chicas de mi curso.

¿Mi curso? En Tercero y en Cuarto era tan numeroso que apenas quedaban sitios libres. En Matemáticas, con Don Felicísimo Albarrán, un excelente profesor que pasaba las clases fumando, tosiendo e intentando que comprendiésemos sus explicaciones, ocupábamos una especie de anfiteatro con diferentes niveles. Como mi apellido comenzaba por uve yo tenía la espalda pegada a la última pared y veía a Don Felicísimo achicado en la distancia. Ni que decir tiene que la pizarra más que verla la

adivinaba. Éramos unas sesenta alumnas por clase. Nada que ver con lo de ahora.

Creo que fue en Cuarto Curso cuando un nuevo director ocupó el puesto dejado por Don Eugenio. Se llamaba Don Gustavo Bueno y era muy jovencito, delgado, de pelo oscuro, no muy alto, sonriente y dinámico. Catedrático de Filosofía lo conocimos especialmente porque nos otorgaba los premios el día 13 de Diciembre, día muy señalado en el centro por ser la fiesta de la patrona: había misa, competiciones deportivas, canciones, entregas de premios y ¡el teatro! Las alumnas de cursos superiores preparaban una obra durante semanas y todas las compañeras (más padres y familiares) asistíamos entusiasmadas y aplaudíamos a rabiar. No faltaba ni una sola alumna a los actos del día de la patrona. Lo vivíamos con intensidad y nos desplazábamos al Botánico a animar a nuestras representantes en baloncesto o lo que fuera. Cruzábamos delante del Colegio Mayor Fray Luis de León y como tontas nos reíamos de los estudiantes muy puestecitos ellos con su chaqueta azul de lindos botones, tan elegantes y peripuestos. Los del Fray Luis nos piropeaban y a nosotras nos hacían gracia.

Cuando aprobamos la Reválida de Cuarto el alumnado masivo desapareció casi en su totalidad: la Escuela de Comercio o Magisterio heredaban alumnas que en sólo tres años, con diecisiete, obtendrían ya el título que les permitía enseñar en una escuela o encontrar una colocación. Quedábamos en el Lucía quienes pensábamos ir a la Universidad. El Bachillerato Superior se dividía en dos ramas: Ciencias o Letras. A mí me permitieron matricularme en las dos opciones gracias a que la profesora de Latín (Conchita Giner, creo que se llamaba) me autorizó a asistir durante su hora de clase a la de Física y Química con el profesor García Isidro, un caballero encantador que nos trataba como a señoritas con gran consideración y delicadeza, algo a lo que no estábamos acostumbradas después de escuchar durante años los gritos que nos lanzaba D. Evelio Teijón (de Historia), el perseguidor de alumnas morosas que se retrasaban en pagar las permanencias. En Física y Química éramos cinco o seis alumnas nada más, así que García Isidro nos conocía como un padre y nosotros aprendíamos deprisa porque él nos dedicaba todo su tiempo.

En ese curso (Quinto) tuve dos asignaturas que me interesaron sobremanera: Griego (con Don Francisco Martín Ferrero) y Filosofía (con Don Gustavo). Todavía conservo los apuntes de uno y de otro. Fueron dos ventanales al mundo clásico, al mundo del pensamiento, que nos abrieron horizontes insospechados. Estábamos acostumbradas a los métodos de los profesores antiguos. Por ejemplo Don Marcial Escribano nos impartía Ciencias Naturales que eran durísimas: dos tomos que

abarcaban absolutamente todos los campos: Botánica con los monocotiledóneos... Mineralogía... Zoología... todo, ¡todo! Había que tener una memoria prodigiosa para recordar las cristalizaciones del cinabrio, del cuarzo, etc. etc. Don Marcial seguía la metodología antigua: machaqueo y machaqueo, memoria y memoria.

Los profesores jóvenes (Don Francisco en Griego y Don Gustavo en Filosofía) cambiaron la pedagogía. Nos interesaron en la asignatura que explicaban, nos la hicieron comprender y amar. Introdujeron innovaciones, aunque hay que agradecer la generosidad del equipo de profesores que colaboraban con ellos. No estaban bien pagados, no. Pero amaban su profesión y cuando se les ofreció la ocasión de demostrarlo la aceptaron. ¿Cómo sino se les hubiera ocurrido organizar un encuentro de las alumnas de Letras (éramos pocas, más que las de Ciencias pero no llegaríamos a quince) en la sala de profesores en horas extras para discutir con ellos sobre los Diálogos de Platón? ¡Sí! Eso hicieron. Entre otros, recuerdo el Cratilo y el Fedón.

Un día nos propuso Don Gustavo leer en casa el Cratilo y meditar sobre si el lenguaje era algo arbitrario o no. Luego lo discutiríamos sentadas en el lugar de los profesores intercalándonos con ellos, exponiendo argumentos, rechazándolos... La primera vez no nos atrevíamos ni a movernos: acobardadas, encogidas, cada una con su librito y sus notas, con la mirada baja... Loli, Gloria, Nieves, Mary Carmen, yo... ¿quién abriría primero la boca? Y los profesores nos preguntaron (eran unos seis o siete, no recuerdo), nos animaron a hablar en público, aceptaban o refutaban nuestro punto de vista, nos iban conduciendo y nosotras ¡nos superamos! Perdimos el miedo y discutimos, sobre el lenguaje y su arbitrariedad y más tarde, otro día, sobre el Fedón y la muerte de Sócrates... Desarrollamos una mayor confianza en nosotras y vislumbramos las infinitas posibilidades del mundo griego y de la filosofía. Toda la vida hemos agradecido esa generosidad, esa entrega vocacional de nuestros profesores y ahora, cuando los recordamos seguimos sintiendo cariño, respeto y admiración por aquellos que nos formaron.

Otra innovación de Don Gustavo fueron los conciertos a los que teníamos obligatoriamente que asistir los sábados por la tarde. ¡Ojo, pasaban lista! Don Bernardo García Bernalt era nuestro venerable profesor de Música que se encargaba de explicarnos la historia de la asignatura más que otra cosa. Sabíamos que existían las fusas y las semifusas, la blanca, la redonda, la negra... pero poco más. Ni tan siquiera la armónica ni la flauta aprendimos a tocar: una de mis grandes frustraciones. Mi único consuelo es que logré aprender a silbar melodías... eso compensó un poco.

Pero Don Gustavo sabía de la felicidad que la buena música aporta a los humanos y se le ocurrió llenar el salón de actos con alumnas recalcitrantes, forzadas a asistir a la audición de unos discos de baquelita que no entendíamos aunque nos explicaban antes de qué iba la pieza que debíamos escuchar a continuación. “La Consagración de la Primavera”, “El amor de las tres naranjas”, Prokoviev, Stravinsky. “El Retablo de Maese Pedro”... (a mí me tocó leer el texto del Quijote ante todas las compañeras, con el salón de actos a reborar y no sé qué me provocó un ataque de risa que me hizo pasar un mal momento. Todavía me veo en el estrado conteniendo la carcajada). Allí, en aquellos sábados, oí por primera vez la explicación de la música dodecafónica, aunque no he sabido nunca que era eso de “atonal”. A Don Gustavo le agradaban las composiciones rusas y nos las hizo conocer. No teníamos muchos discos, pero los poníamos una y otra vez. Cuando fuimos “las mayores” nos permitieron elegir el programa: “Petrushka”, “La historia de un soldado”, “La consagración de la Primavera” las reconocíamos desde las primeras notas de tanto oírlas.

Y poco a poco, sábado tras sábado, nos fuimos aficionando y ahora comprendemos que gracias a esos conciertos forzados de música clásica hemos llenado nuestra existencia de momentos maravillosos. Un regalo que nos dieron en nuestra adolescencia esos profesores (Don Luis Cortés, Correa Calderón, Don Bernardo, Don Francisco...) que nos vigilaban severos en sus horas libres para que estuviésemos calladas y quietas durante las audiciones.

En Sexto Curso tenía lugar el viaje de estudios de las mayores. Nosotros fuimos a Andalucía acompañadas por Don Marciano (el sacerdote, padre espiritual del grupo), Don Francisco, de Griego y Doña Alicia, de Latín. Visitamos Córdoba, Granada, Málaga y mis compañeras Sevilla. Yo no pude apenas ver la ciudad porque un anciano militar francés tuvo un accidente de coche y como a mí me tuvieron de traductora me pasé la estancia en el hospital junto a él. Mucho más tarde le visité en París, en una residencia militar y vi que se desplazaba apoyado en un elegante bastón. Quizás por el accidente o por la edad. Pero me quedé sin ver Sevilla.

Ya en el viaje de regreso, cuando llegamos a Madrid y visitamos el Escorial nos enteramos de que habían erigido una inmensa cruz en las cercanías. Era a comienzos de Abril y los profesores decidieron que podíamos acercarnos a verla. El autobús nos dejó al pie de unas enormes piedras de granito que tuvimos que trepar jugándonos la integridad física, pero ya que estábamos allí no íbamos a renunciar. Así que tras mil esfuerzos y resbalones conseguimos llegar a lo alto y cual no fue nuestra sorpresa al comprobar que por el otro lado de la roca había una

explanada, una carretera y un montón de automóviles: ¡era la inauguración del Valle de los Caídos! Y nosotras trepando como cabras mientras que las autoridades cómodamente celebraban el acontecimiento. Fue la anécdota que siempre recordaremos.

Como tampoco podemos olvidar "Zaragüeta", la obra de teatro que nos tocó representar a las alumnas de sexto. Se trataba de una comedia de Vital Aza y Ramos Carrión localizada en un pueblo de la provincia de Salamanca. El protagonista masculino es un estudiante madrileño, un caradura que explota a sus tíos y encandila a Maruja, su prima. El joven, Carlos, lo representaba Pili Toro, una compañera alta, delgada, muy estilosa. Don José García Isidro nos había prestado su propio esmoquin para que apareciese elegante y Pili parecía encantada. Angelina Molina (Nina) era Maruja, vestida a la antigua, con sayas sobre sayas, lozana y sanota como joven campesina. A mí me tocó hacer de apuntador: tenía que comprobar que todas mis compañeras supiesen bien su papel y a ello le dediqué concienzudamente muchas horas.

Y llegó el día de Santa Lucía. Todo el mundo, nervioso, en tensión. La sala rebullía de invitados. Cuando se presentó la hora de aparecer en escena comprobamos que Pili faltaba y también el esmoquin de Don José. Parece ser que Pili se había enfadado y decidió sabotear el espectáculo. ¡Emergencia! Don Francisco, Don Gustavo, los profesores encargados tomaron la decisión. "¿Quién se sabe el papel de Pilar?" -"El apuntador!" - "Pues ¡a escena!" -"¡Pero si llevo falda! ¿Cómo voy a hacer de Carlos?" - "¡Pues que le dejen unos pantalones!" Y así, con los del bedel, de pana y ajados, me tocó subir al tablado luciendo trasero y frontispicio, con un moño en lo alto para recoger la melena y dar un aire más masculino. Cada vez que contemplo las fotografías me muero de vergüenza... ¡Pero los espectadores se reían (¿y cómo no?) y nos aplaudieron generosamente. Desde entonces a mi querida Nina la llamo Maruja y ella a mí, Carlos.

Horarios, profesores y clases lectivas:

Con la fiesta de Santa Lucía las alumnas respirábamos ya las vacaciones navideñas. Asistíamos a clase hasta el catorce o el quince de Diciembre y luego nos reencontrábamos pasada la primera semana de Enero. Regresábamos con nuevas fuerzas, dispuestas a devorar conocimientos hasta la Semana Santa, época en la que nos daban más o menos quince días de asueto. El curso solía terminar a finales de Mayo para las alumnas oficiales ya que casi todo Junio se dedicaba a examinar a las matriculadas libres, a corregir, calificar y entregar notas. Recuerdo que si eras buena alumna y aprobabas todo en mayo gozabas de cuatro

meses y medio de vacaciones veraniegas porque solían empezar las clases en serio a partir del Pilar. El alumnado ocupaba el tiempo en otras actividades que nos eran de gran utilidad: la Universidad ofrecía clases de Inglés casi gratuitamente y ahí nos apuntábamos. También se frecuentaban clases de Mecanografía y Taquigrafía, Contabilidad, Corte y Confección, Costura... No eran meses perdidos, ni mucho menos. Las chicas nos preparábamos bien para encontrar una colocación remunerada.

Aunque parezca que pasábamos poco tiempo en el instituto hay que tener en cuenta que los horarios eran densos. Las clases duraban hora y cuarto, por la mañana y por la tarde, de lunes a sábado. Sólo librabas los domingos. Ocho horas de trabajo serio, de nueve a una quince y de tres y media a seis. Con media hora de recreo matutino que aprovechábamos para subir a la carrera la calle Serranos y guardar cola en la diminuta panadería situada en la Casa de las Conchas donde comprábamos un bollo que devorábamos cuesta abajo de regreso al redil. Si nos retrasábamos un poco había que acelerar y subir de dos en dos las escaleras hasta el tercer piso para que el profesor nos permitiera entrar al aula. Y ahora me pregunto: ¿de dónde sacábamos esa energía? Corríamos como locas, con los calcetines caídos, arrugados como acordeones, trepábamos sin agarrarnos a la barandilla... ¿Un bollo de pan podía doparnos, estimularnos tanto? ¿O era la vitalidad de los quince o dieciséis años?

Una vez en el aula se pasaba lista y al oír tu nombre te levantabas y respondías "servidora" muy educadamente. También en los amplios pasillos, cuando entre clase y clase tomábamos el sol que entraba por los ventanales teníamos que levantarnos al paso de algún profesor como signo de deferencia y respeto. Por esos largos pasillos solía pasearse Don Luis Flores ("el Botas" lo apodábamos), un sacerdote con sotana que apenas llegaba al metro sesenta y que tenía una movilidad anormal en las pupilas (nistagmo creo que se llama). Su obsesión era velar por la moral y la decencia de las jóvenes alumnas. Nosotras llevábamos una especie de uniforme: un jersey de lana gris y una sencilla falda azul marino que nos llegaba a media pantorrilla y que reemplazábamos por unos pololos del mismo color en las clases de gimnasia.

Don Luis Flores gastaba su jornada en comprobar dos cosas importantísimas: que la largura de la falda fuese la correcta y que ninguna alumna frecuentara el centro "en piernas". ¡Calcetines, si eras pequeña, o medias si eras mayor! Nosotras, cuando le veíamos avanzar al acecho pasillo adelante, solíamos flexionar las rodillas para que la falda llegara casi al tobillo. Lo de las medias no tenía remedio porque en aquella época sólo existían con costura y los ojos vivarachos del cura captaban

rápidamente si las llevabas o no. Hasta que un día Ángela Manjón, una compañera desenfadada, regordeta y vistosa, bien entrada en jugosas carnes se presentó en clase con las primeras medias sin costura. ¡Qué novedad, Dios mío! Admiradas, todas, contemplábamos aquella... frescura.

Y apareció Don Luis mientras la alumna se paseaba provocativa de banco a banco. “¡¡¡Ángela, no lleva medias!!!” –bufó furibundo al fijarse en sus dos rosadas piernas. –“Que sí Don Luis. ¡Sí que las llevo!”. Y Ángela Manjón levantó su falda hasta la cintura para mostrar el liguero y permitir comprobar la veracidad de su afirmación. Si no le sobrevino la apoplejía al bueno de Don Luis en aquel momento, seguro que no le sobrevino jamás. Nosotras, malas y perversas, nos regodeábamos más o menos disimuladamente y con los ojos nos decíamos que le estaba bien empleado.

Pobre Don Luis, menos mal que no ha llegado a conocer nuestros días... ¡Él era de otra época!

Según mi Libro de Calificación Escolar tuve en el instituto dieciséis profesores y seis profesoras. En Ciencias, Don Marcial Escribano y Don Antonino González; en Religión, Don Juan Mata y Don Luis Flores; en Lengua española, Don Evaristo Correa Calderón; en Matemáticas, Don Felicísimo Albarrán y Don Saturnino Rodríguez; en Alemán, Don Fernando Hernández de Pablo (yo era su única alumna); Don Luis Cortés que impartía Francés; Don Eugenio de Asís, en Latín; Don Gustavo Bueno Martínez en Filosofía; Don Francisco Martín Ferrero, en Griego; Don Evelio Teijón, en Geografía e Historia; Don José García Isidro, en Física y Química y el profesor F Martín, en Dibujo y Don Bernardo García Bernalt, en Música.

Las profesoras eran : Mary Verástegui (Geografía), Doña Conchita (Latín), la señorita García Reville (Lengua), Teresa García Boiza (Historia), Marina Gutiérrez (Formación del Espíritu Nacional), Ana María Hernández (Hogar) y no recuerdo el nombre de ninguna más.

La mayor parte de nuestros docentes estaba formada según se ve, por varones: los catedráticos. Tenían una formación extraordinaria, eran competentes, muy profesionales. Los respetábamos y admirábamos. Las mujeres estaban más a nuestra altura porque eran jovencitas y comunicativas. Mary Verástegui luchaba siempre para que trajésemos los mapas que Don Evelio nos forzaba a comprar en una determinada librería (tenía Don Evelio muchos hijos a los que mantener y los sueldos eran muy escasos entonces). Recuerdo a la Srta. García Reville, de manos finas, dedos largos con los que se ensimismaba mientras nos explicaba Lengua, distante con las alumnas: apenas nos miraba. Claro que el grupo

más numeroso de féminas provenía de la Sección Femenina y se encargaba de formarnos en Cocina (Conchita), Gimnasia (con nuestros pololos abombachados haciendo el pino debíamos ofrecer un espectáculo inolvidable), Costura (Ana María) y, reinando sobre todas, la señorita Marina, alta, rubia oxigenada, con autoridad amable que nos hablaba de las virtudes de su ídolo, José Antonio, e intentaba que comprendiésemos la importancia de su asignatura: "Formación del Espíritu Nacional".

Aprobar las "Marías" era interesante porque así te librabas de hacer el "Auxilio Social", algo parecido a la mili de los chicos. Te daban el aprobado, ibas al campamento o realizabas trabajos sociales y conseguías un diploma con cenefas de colores. Resultaba útil si pretendías salir al extranjero

Durante meses la Srta. Marina fue motivo de nuestras comidillas. Había compañeras que aseguraban que ella andaba tirándole los tejos a Don Gustavo. No sé en qué se fundamentaban, la verdad, pero es cierto que los caballeros solteros en aquella época se hallaban muy solicitados y la Srta. Marina era muy afable, de sonrisa acogedora, muy educada y atenta con todo el mundo. Que sonriese a Don Gustavo me parecía normal, pero algunas colegas veían chispitas en las miradas que significaban algo más que buena educación. Una base suficiente para cuchicheos y elucubraciones: las chicas más románticoides emparejaban a unos y otras. ¡Eran nuestros profesores, nuestra familia! ¡Eran nuestros! Nada sabíamos de sus ideologías, de sus creencias... Ni soñábamos con que Don Gustavo llegase a ser un día considerado como el mejor filósofo del siglo XX, ni que fuese ateo ni contrario al régimen, (¡emparejarlo con la Srta. Marina, ferviente creyente y profesora de Política!). Él era nuestro director, nuestro profesor y no tenía más proyección para nosotras que en el Lucía. Su vida privada era inexistente.

Lo que sí es cierto es que él marcó un cambio en el centro, en la pedagogía que en él se seguía, que nos formó en el espíritu crítico y se esforzó por "sacarnos de la caverna". Muchas de sus alumnas de aquellos tiempos obtuvimos más tarde cátedras en institutos y universidades y desempeñamos nuestras profesiones con seriedad y eficacia.

Eso se lo debemos a aquellos extraordinarios profesores del Lucía de Medrano que nos transmitieron conocimientos y ejemplos de vida. Les honramos en la memoria, en el respeto y en el cariño. Nuestro agradecimiento por todo lo que nos aportaron.

Salamanca- febrero 2018. J. Villazán

Griego -
 Dom. Sb. (10'15-11'30) - Lu. Mpin. (12-1'15)

α	alfa	α	φ	phi	φ	ω	omega
β	beta	β	χ	chi	ψ	ω	omega
γ	gamma	γ					
δ	delta	δ					
ε	epsilon	ε					
ζ	zeta	ζ					
η	eta	η					
θ	theta	θ					
ι	iota	ι					
κ	kappa	κ					
λ	lambda	λ					
μ	mu	μ					
ν	nu	ν					
ξ	xi	ξ					
ο	omicron	ο					
π	pi	π					
ρ	rho	ρ					
σ	sigma	σ					
τ	tau	τ					
υ	upsilon	υ					
φ	phi	φ					
χ	chi	χ					
ψ	psi	ψ					
ω	omega	ω					

24 letras

Vocales:

α	= a
ε	= epsilon br.
η	= eta - lar.
ι	= i
ο	= omicron br.
ω	= omega - lar.
υ	= u

Diptongos:

ou	= u
ηυ	= u - medias
φαι	= fai - medias - pie
αι	= ai - or ul
ου	= ou - or ul

Apuntes de Griego

24	Βολιγαρις	υησοο
do	λογο	υηαε
do	λογο	υησοο
do	λογο	υησοο
do	λογο	υησω
do	λογο	υησοο
do	λογο	υησοο
do	λογο	υησοο
do	λογο	υησοο
do	λογο	υησοο

2012
 2013
 2014

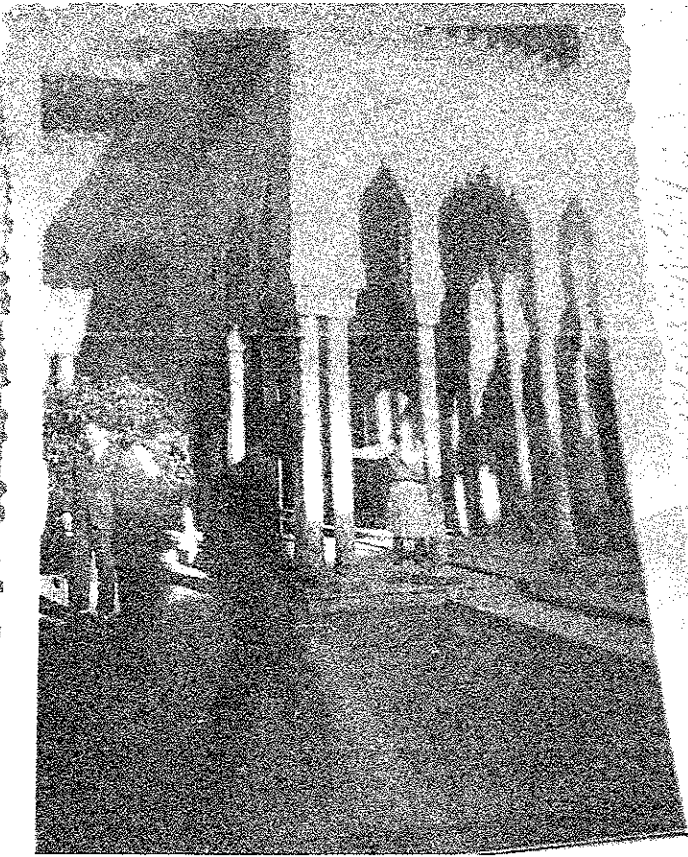
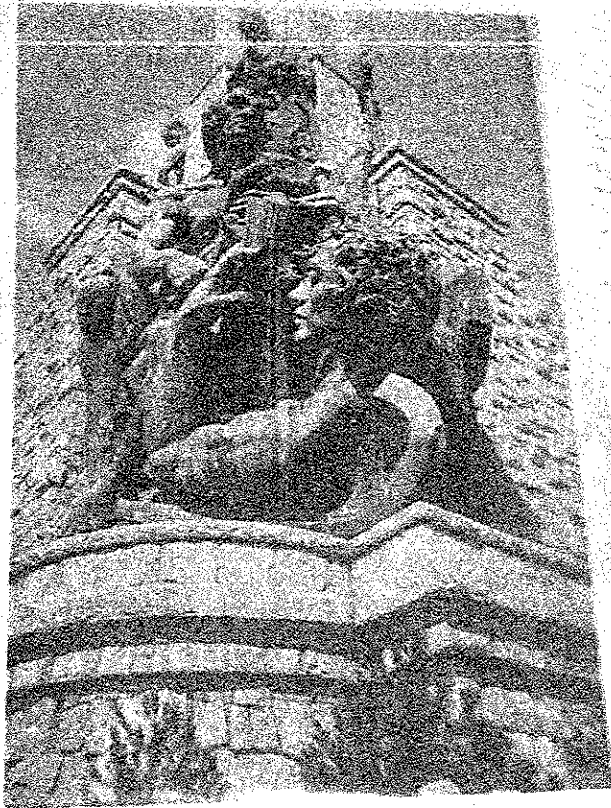
en las llanuras y en las campos de
 la tica hasta con a estaban...
 y plantas de toda clase...
 y...

con una donce de Atenas...
 las vinas de...
 grandes...
 en las...
 platos en el...

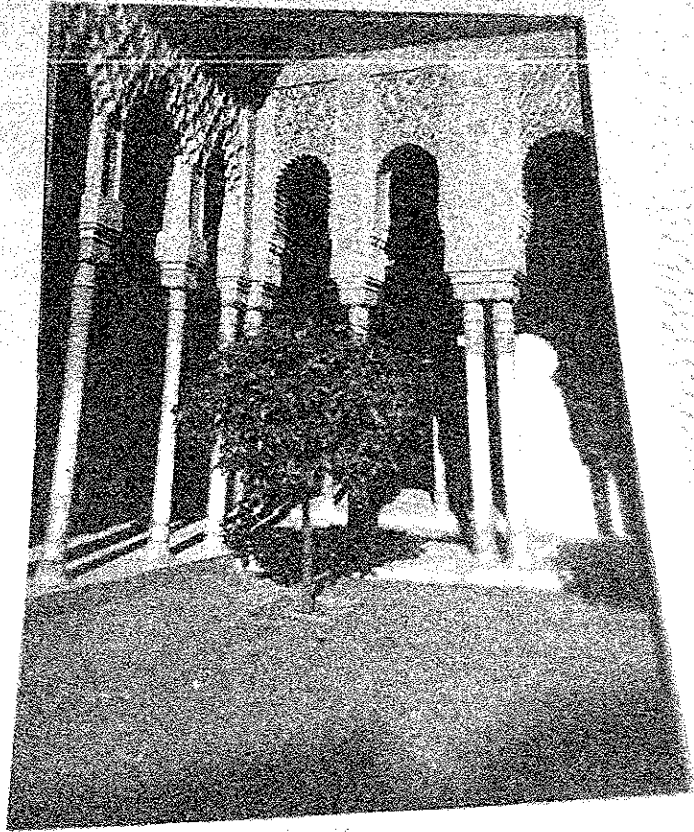
6. Diciembre 1857

La B.B. de...
 en...
 para la...
 en las...
 en las...
 en las...
 en las...

Viaje de estudios



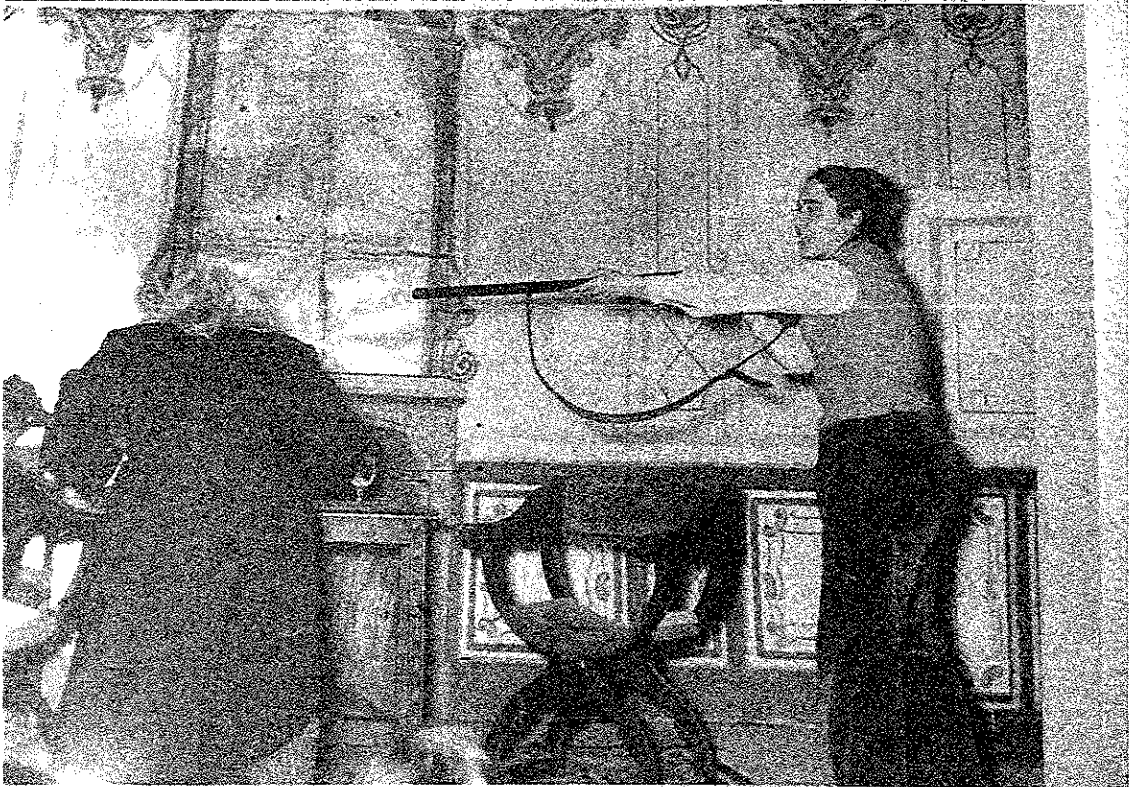






Teatro : Zaragüeta





M^{ra} Dolores Bautista Serra

Villazán



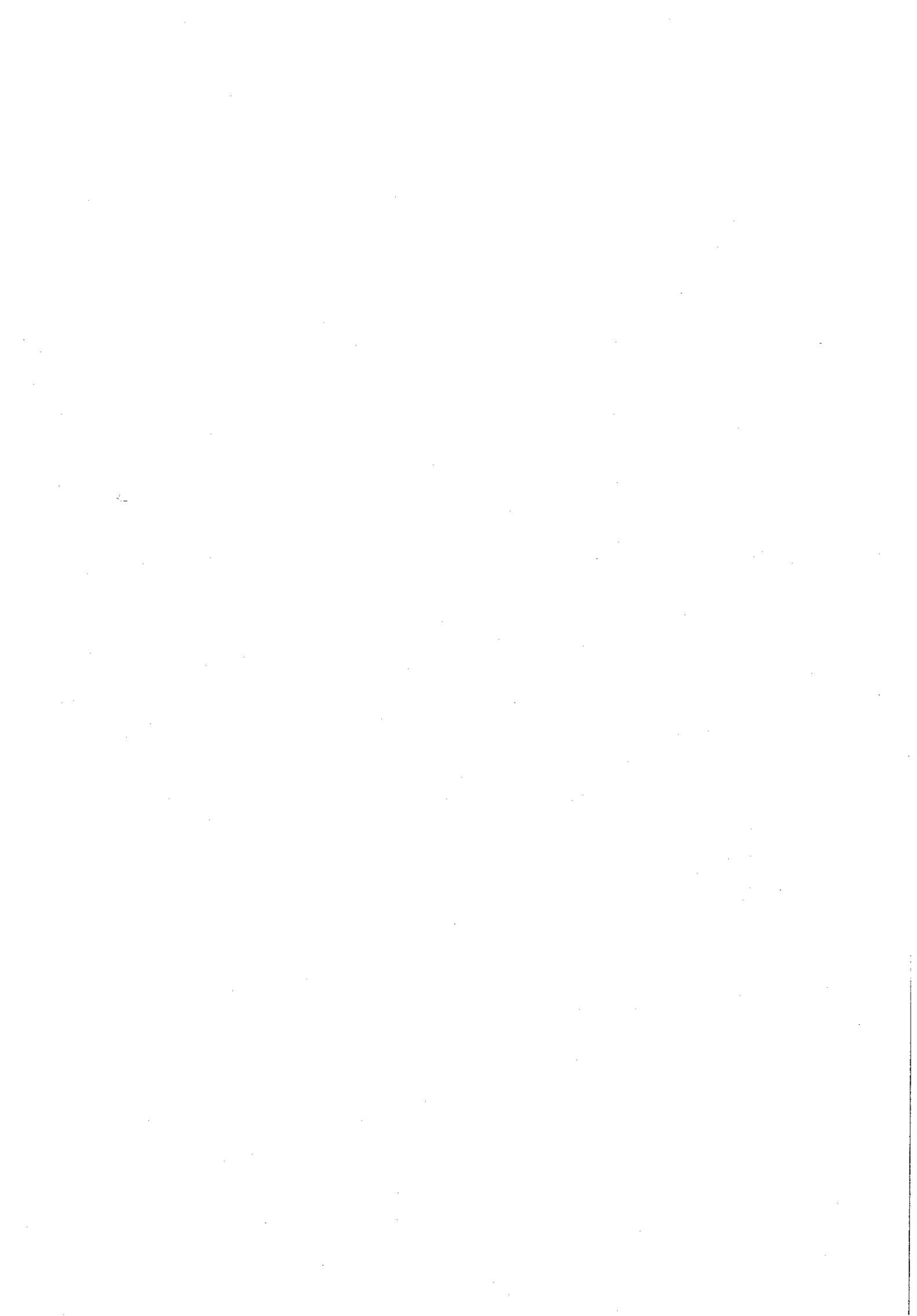
13-XII-1958

Villazán - Molina - Verdejo - Centeno - Pilar Flores -
Nieves García, María Jesús, Carmen Hernández.



Horarios

Lunes	
9-10'15	ciencias
10'15-11'30	Quimica
12-1'15	Gym. Griego antiguo
<hr/>	
15'30-16'45	Alemán
16'45-18	Math. Latin
<hr/>	
Martes	
9-10'15	Ciencias
10'15-11'30	Quimica
12-1'15	Gym. Dibujo
<hr/>	
15'30-16'45	Religion
16'45-18	Math. Latin
	Deutsch



Miércoles
9 - 10:15

10:15 - 11:30
12 - 1:15

Ciencias

Química

Biología

Viernes
9 - 10:15

10:15 - 11:30

12 - 1:15

Ciencias

Química

Biología

15:30 - 16:45

16:45 - 18

Algebra

Math. Latin

15:30 - 16:45

16:45 - 18

Algebra

Math. Latin

Latin

Jueves

9 - 10:15

10:15 - 11:30

12 - 1:15

Ciencias

Química

Biología

Sábado

9 - 10:15

10:15 - 11:30

12 - 1:15

Ciencias

Química

Biología

15:30 - 16:45

16:45 - 18

Religion

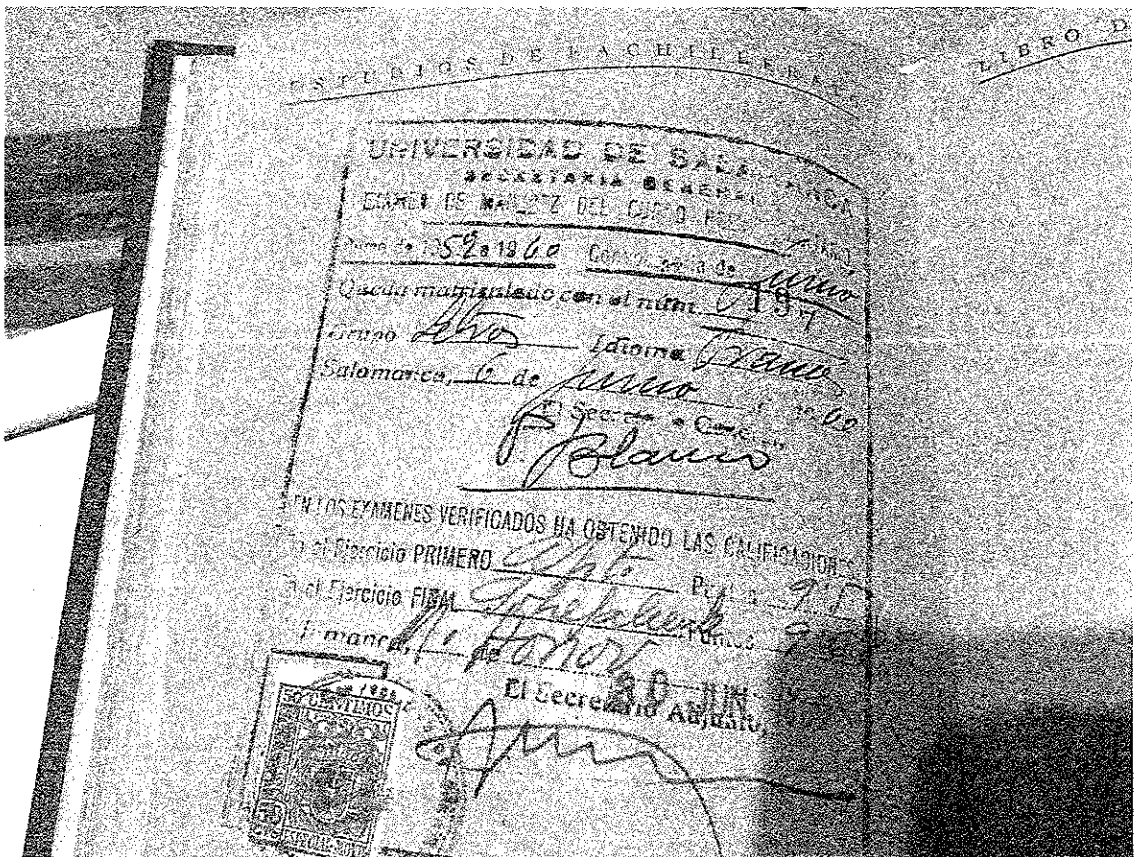
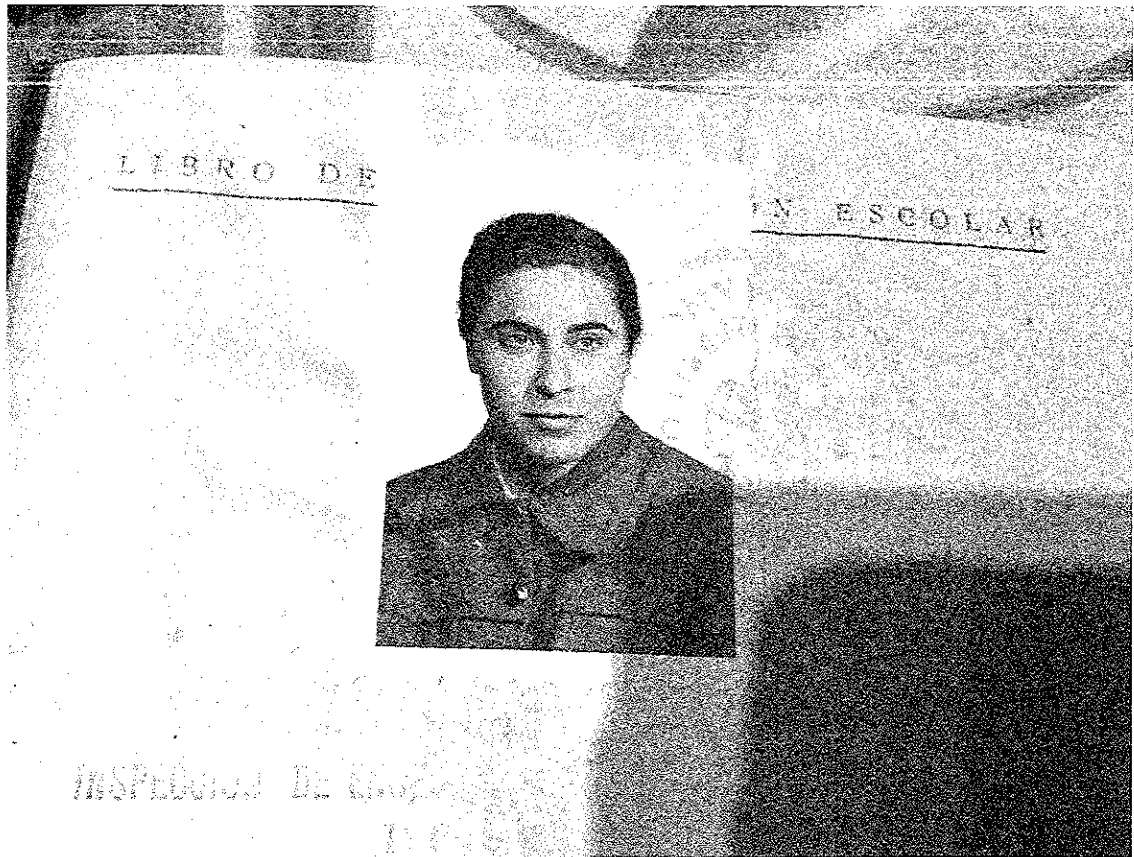
Mathematics of
Latin

15:30 - 16:45

16:45 - 18

Química

Mathematics of
Latin



Despedida del "Lucia"
1960 - Junio